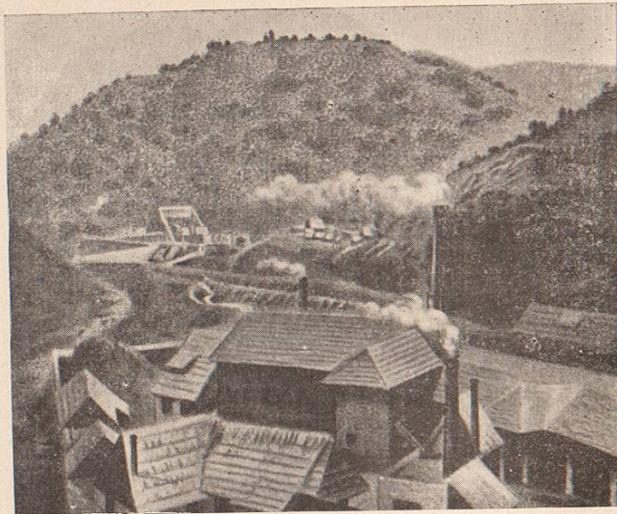


lejanos y entre brumas, son la Sierra Nevada y la Serranía de Ajusco. Por el Poniente, aparece la interminable sucesión de alturas de la Sierra de Pachuca, con sus dominantes crestones, los Jaspes, las Ventanas y las Monjas, que surgen de los bien poblados bosques de Atotonilco el Chico, eminencias rivales por su bizarra forma de los peñascos porfídicos y notablemente elevados, *Los órganos de Actopan* ó *Los Frailes*, que igualmente se descubren como grupos de estatuas, unas veces, ó como soberbios edificios otras.

Tan hermosa naturaleza mucho ha perdido de su antiguo esplendor, á causa de la inconsiderada tala de los montes. La mano des-

causado grandes desastres, habiendo sido uno de los más funestos, el que se desprende de la siguiente relación, con la que daré punto á este artículo.

Era una de aquellas noches en que la ausencia completa de la luna por una parte, y el gran cúmulo de nubes tempestuosas que interceptaban la débil luz de las estrellas por la otra, engendraban la más lóbrega y espantosa oscuridad. El chasquido que en las rocas producían los goterones que caían de las hojas de los árboles, y el confuso ruido de una que otra corriente establecida en los pliegues de la montaña, marcaban los últimos efectos de una tormenta. La luz de los relámpagos,



HACIENDA DE SANCHEZ.

tructora del hombre, tiende á demostrar que la indiferencia y el egoísmo constituyen los caracteres distintivos de la presente generación, proponiéndose legar á las venideras tan sólo sus despojos, sin considerar que ella misma tiene que ser la primera víctima de esa ceguedad. A tal grado ha llegado la incuria, que han echádose al olvido las prescripciones de las ordenanzas del ramo, las cuales no se cumplen ni aun en la parte que protege la vida del hombre. Existen abiertos en el terreno, aun en los lugares de mayor tránsito, tiros profundos, sin bordes y cubiertos de matorrales que los hacen doblemente peligrosos. Esta práctica, abusiva é inconveniente, ha

algo lejanos, iluminaba á intervalos el terreno, y dejaba ver con rapidez suma, el siniestro aspecto de las nubes, dispuestas á abrir de nuevo sus cataratas para reproducir la tempestad. En tan críticos momentos, unos cazadores á quienes había sorprendido la noche, caminaban á paso lento, llevando de la brida á sus caballos. De pronto hicieron alto, y uno de ellos dijo á sus camaradas:

—Creo que hemos dejado muy atrás el tiro de los Jabones, y hallándonos tan fatigados, tiempo es ya de que montemos á caballo.

Diciendo esto subió á su cabalgadura, hincó en los ijares de ésta las espuelas, levantó las riendas y se dispuso á proseguir el cami-

no á la cabeza de la comitiva. Advertido por su buen instinto el noble animal, de la proximidad de un gran peligro, se contuvo, desobedeciendo el mandato del jinete, quien para cerciorarse de lo que pudiera ocurrir, avivó el fuego de su tabaco, sirviendo tan sólo esta precaución para que el caballo, de mayor perspicacia en tales circunstancias, se cerciorase de la inminencia del riesgo á que la fatalidad los conducía. Aguijoneado más y más el animal, se impulsa violentamente y apoyado sobre las patas traseras, salta con ligereza, mas á pesar de su ordinario ímpetu, sus pies delanteros no encuentran apoyo en el espacio. Jinete y caballo se hunden en un abismo. Un ruido producido por el sucesivo

los minerales las gratas impresiones que se reciben en las excursiones, puramente recreativas.

\* \* \*

Terminados mis trabajos de detalles en el Valle de Huazcalzaloja y el Real, fuí llamado á Zumpango, según lo he indicado ya, por el Jefe de la Comisión, á fin de practicar trabajos de nivelación y de detalles como previos estudios para las obras del desagüe, conforme á las órdenes de la Secretaría de Fomento. Antes de abandonar las comarcas del Real, rico vergel y objeto para mí de los más gratos



REAL DEL MONTE. PEÑAS CARGADAS.

golpeo contra las paredes del tiro y, al fin, en estruendo pavoroso, repercutido con siniestros sonidos en los antros de la mina, sobrecogieron de espanto y de angustia á los acompañantes. Si el lector hubiese sido uno de éstos, y acercádose como ellos al borde del precipicio, habría observado una estela débilmente luminosa, que en espiral y con determinado apresuramiento, descendía, para morir y sepultarse juntamente con aquel que poco antes había abandonado de su boca el tabaco que la producía.

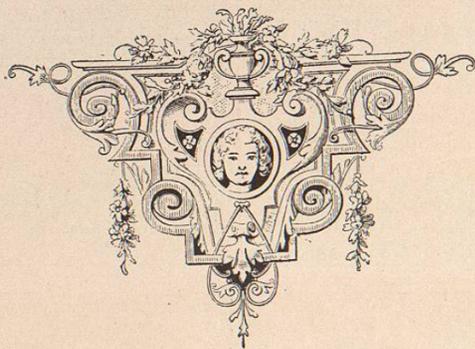
El tiro de los Jabones al NE. y á corta distancia del Mineral del Monte, fué el sepulcro de un inteligente alemán, director de algunas minas, el señor Carlos Schaarschmidt.

Contratiempos como éste suelen turbar en

recuerdos, encumbré por última vez la peña del Zumate á fin de practicar con el teodolito mi postrera observación. En la inclinada superficie de la peña existía un taladro mandado practicar por el ingeniero Salazar Ibarregui en el tiempo en que daba lecciones prácticas á sus discípulos del Colegio de Minería. En ese taladro introduje el tripié del teodolito, único medio que ofrecía la peligrosa cima rodeada por todas partes de voladeros y hondos precipicios, para poder practicar mi necesaria observación, concluida la cual me despedí de tres de mis compañeros que á aquella altura me habían seguido, descendí de la peña para tomar mi caballo que al pie de ella me esperaba, y me puse en camino por el quebrado terreno de la montaña con dirección al Real

del Monte, seguido de mis dos leales é inteligentes peones Juan y José María Hernández, antiguos trabajadores de aquel mineral. Mis compañeros, á quienes yo apenas distinguía

en la eminencia de aquel crestón, me dirigieron sus últimos saludos con una salva nutrida hecha con sus pistolas, á los que yo contesté haciendo disparos con la mía.



## IV

## VALLE DE MEXICO.

—A mis queridos amigos Luis G. Obregón y Jesús Galindo y Villa.

**D**ESPUES de mi corta permanencia en Tizayuca pasé á Zumpango, donde por ausencia de los ingenieros Almaraz, jefe de la Comisión, y Juan F. Martín, jefe de la sección topográfica, quedé encargado de aquélla, dedicándome á los trabajos de nivelación, partiendo del expresado pueblo á las barrancas de Acatlán y Tequisquiac, así como al tajo de Nochistongo, descendiendo en los primeros 14 metros bajo el nivel del lago de Texcoco y conduciendo mis operaciones en el tajo hasta el punto llamado Bóveda Real, en tanto que el Ingeniero José María Romero, con los practicantes Nava y Staines, se ocupaba en los trabajos de detalles, y el Ingeniero Javier Yáñez en los de triangulación.

En el tajo hube de conocer aquel lugar de funestos recuerdos llamado la *Caída de Solís*, señalado por el inmenso derrumbe que interrumpe la rectitud del canal y bajo cuyos es-

combros yace sepultada una cuadrilla de trabajadores con su capataz, de nombre Solís.

Un día que mis ocupaciones no exigían mi presencia en el campo, dióme la humorada de visitar oficiosamente la escuela de la población. Hice leer en alta voz á unos niños, interpele á otros sobre gramática, aritmética y geografía y examiné las planas de todos. El profesor, que sin duda vió en mí á un visitador oficial, perdió el color y se mostró en extremo tímido y asustado, pero pronto calmé su sobresalto dirigiendo á sus alumnos frases halagadoras que necesariamente redundaban en honra suya, y así fué como gané su confianza. Al preguntarle yo cuáles eran los castigos que imponía por sus faltas á los alumnos, me contestó:

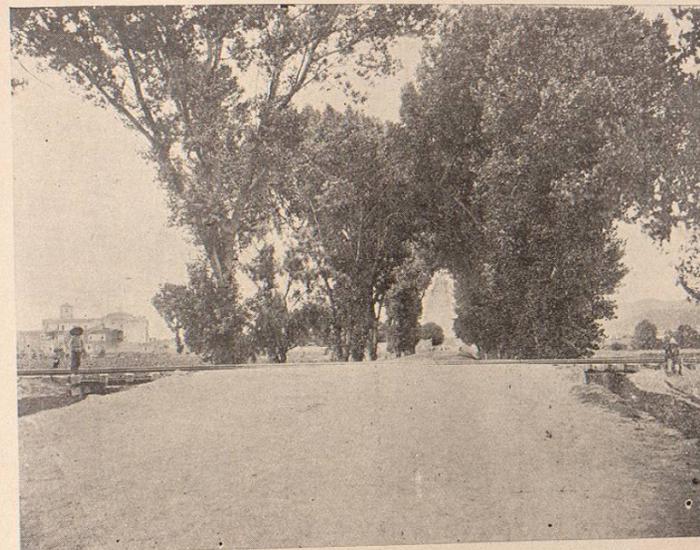
—La palmeta, señor, y encierros en el calabozo.

—¡Qué horror! exclamé yo, recordando con

tristeza mi antiguo Colegio de San Gregorio que había llegado á alcanzar la palma en esta clase de castigos. Qué, ¿no tiene usted, proseguí diciéndole, otros medios de castigo más conformes con las prácticas modernas y más eficaces para lograr el objeto, sin lastimar á los niños ni ofender su dignidad? Espero que en lo sucesivo no usará usted la palmeta como medio represivo; procure usted, ante todo, ganar la confianza y cariño de sus educandos, inspirándoles sentimientos nobles y delicados y seguí diciéndole no sé cuántas cosas más que debieron haberle persuadido, pues me contestó:

dado, dando por resultado mis buenos oficios el pago al profesor de tres quincenas.

Ocurrencia de otro género fué la que me sobrevino poco antes de abandonar la población de Zumpango. Mis peones Juan y José María, de quienes he hablado, eran de carácter vivo, de genio festivo y extremadamente valientes. No sé en qué diversión se entretenían los del pueblo y en la cual pretendieron tomar participación mis peones, mas el caso fué que éstos, con sus burlas y maneras toscas, disgustaron á aquéllos, dando origen á una riña de la que resultó que no pocos individuos sacasen á un arrabal de la población



TEZONTEPEC.

—Ofrezco á usted hacer lo que me aconseja y para probarle que no es vano mi ofrecimiento, atienda usted á lo que voy á ejecutar, y diciendo esto se dirigió al patio de la escuela y arrojó al pozo la palmeta.

¡Al fin me vengué de las palmatorias gregorianas!

Antes de retirarme de la escuela rogóme el maestro que interpusiese mis buenos oficios con el señor Prefecto para que se le pagase siquiera una quincena de seis que se le debían. Ofrecíle cumplir en el acto con su encargo y al efecto me dirigí á la Prefectura, hablé con el Sr. González, que era el Jefe y buen amigo á quien estaba yo muy recomen-

á los que de ellos se habían burlado. No bien se puso en mi conocimiento el hecho, monté á caballo sin esperar á que otros me acompañasen, y apresuradamente me dirigí al lugar de la contienda. Iba á todo correr de mi alazán, cuando al pasar unos paredones descubrí repentinamente el grupo de los que peleaban reluciendo sus puñales y dominando los de Zumpango, por el número, á mis valientes peones, que heroicamente se defendían. Instintivamente tiré de las riendas, con tal fuerza, para contener al caballo, que éste dió un soberano *sentón*, rayando con las patas traseras un buen espacio de terreno, acción casual que debió imponer á los que atacaban á los